

GINÉS SÁNCHEZ  
LOBISÓN

TUSQUETS  
EDITORES

Un día el Zacarías Zárate se metió dentro de un perro negro. Yo lo vi cuando lo hizo. Él se había caído en la nieve y con mucha sangre. Entonces vino el perro negro y el Zacarías Zárate se fue por el suelo y se le fue metiendo al perro por la boca y por los ojos hasta que ya no hubo más Zacarías Zárate y solo hubo perro. Por eso los perros negros me ladran cuando me ven. Es por eso por lo que yo los mato.

Cuando yo era más pequeño entonces no vivía solo como ahora sino que vivía en la casa que había arriba de la cuesta. Allí también vivían el Zacarías Zárate y mi madre, la Tomasa Cervantes, y también mis hermanos. Mis hermanos eran seis. Se llamaban Dionisio, Celestino, Regina, Zenón, Rogelio y Rósula. Todos eran más grandes que yo. Mi madre, la Tomasa Cervantes, siempre estaba enfadada con la Rósula y conmigo. Ella sacaba la cabeza por la ventana y nos gritaba. Que no gritáramos. Que no nos ensuciáramos. Que dejáramos en paz a las gallinas. Por las mañanas venía la abuela Rósula y nos llevaba a la Rósula y a mí a su casa. La abuela olía a leche cruda y a ajo. Ella nunca se enfadaba. Me acuerdo ahora de que

ella era muy alta y que tenía el pelo muy blanco y con un pañuelo. En su casa comíamos queso y nos bebíamos la leche que le sacaba de las tetas a las borregas. En su cocina olía a flores, menos cuando venía el abuelo Celestino. Entonces olía a tabaco y al pelo de las borregas. El abuelo Celestino tenía las cejas muy negras y un pincho muy grande que usaba para partir el queso. También tenía una voz que asustaba a los pájaros.

Vamos, niños, decía la abuela, que vamos a ir a hacer dulces.

Venga, niños, decía, que vamos a comprar donde el Estanislao Zárate.

Vamos, niños, decía, a tender la ropa en las cuerdas.

Después, cuando ella iba a hacer la comida, nos daba pan y aceitunas. También muchas veces ponía la televisión para que la Rósula viera a las personas de colores que salían.

Niños, nos decía, hay que ponerles agua a los pollos. Niños, ahora hay que coger los huevos.

Y yo me acuerdo de que los huevos estaban muy calientes y llenos de mierda de las gallinas y también que las gallinas armaban mucho jaleo y nos picaban en las manos y que entonces la Rósula y yo nos reíamos mucho.

La abuela y Rósula eran mis amigas. La Rósula me enseñó una canción. Yo de la canción me acuerdo.

Adrián, me decía la abuela después, cuando ya la Rósula iba al colegio y entonces solo estaba yo por las mañanas para irme con ella, vamos a lavar la ropa.

Y eso era que ella ponía toda la ropa en una cosa que

ella tenía y entonces los dos nos íbamos por la cuesta para abajo y para el río.

Adrián, me decía la abuela, las lavadoras las inventó un demonio.

Y yo me acuerdo de que en el río no había nadie y que entonces yo siempre estaba jugando a que corría mucho por la hierba y por los árboles y también a que me caía al agua. También había lagartos y ranas por las piedras blancas. Yo me acuerdo de que siempre los miraba.

Ven, Adrián, decía entonces la abuela. Toma queso, toma salchicha. Luego yo jugaba a que me dormía encima de una piedra grande que había al lado del río y que estaba muy caliente.

Adrián, me decía la abuela, ¿es verdad que los niños te tiran piedras? Y yo le decía que sí.

Adrián, me decía ella, ¿es que los niños te insultan? Y yo le decía que sí.

No les hagas caso, Adrián, me decía, tú eres bueno. Tú no eres lobisón.

Si ellos te tiran piedras, Adrián, entonces tírales piedras tú a ellos.

Y siempre cuando la abuela me decía esas cosas pasaba que el Zacarías Zárate se enfadaba mucho.

¿Qué quiere usted, madre, decía, que haya una guerra?

Tú tírales piedras, Adrián, me decía entonces la abuela, pero tíraselas flojito, ¿entiendes?

La Rósula olía como las sábanas de la cama. La Regina olía como las piedras. La Regina era mi hermana pero ella no era mi amiga. La Regina siempre decía que yo era como el Zacarías Zárate y que yo era como el demonio. Me lo decía cuando yo estaba solo en el corral o en el patio o al lado de la tapia o del árbol grande. Me acuerdo de que yo entonces tenía pocas piedras porque nada más que tenía diez. Y a veces pasaba que yo las estaba sacando y poniendo en fila y que venía la Regina y les daba patadas y las tiraba todas por todos lados. Entonces siempre había muchos gritos. Yo gritaba, la Regina gritaba, la Tomasa Cervantes, mi madre, gritaba. También gritaban la Rósula y el Rogelio. Luego ya no había gritos y entonces la Regina se iba y mi madre, la Tomasa Cervantes, también, y solo nos quedábamos la Rósula y el Rogelio y yo buscando mis piedras por todos los sitios del patio.

Tú, me decía la Regina, eres como el demonio. ¿Sabes, Adrián, lo que va a pasar contigo? Que un día se van a juntar todos los del pueblo y te van a dar bien de palos. Luego te van a quemar en un fuego que van a hacer al lado del corral grande.

Y yo me acuerdo de que la Regina se reía mucho cuando ella decía esas cosas. También que a veces me pellizcaba y me pegaba cuando las estaba diciendo.

Y ahora también me acuerdo de que un día la abuela Rósula se murió. Ese día hacía mucho calor. Por la tarde de arriba de las montañas bajaron muchos pájaros verdes y azules. Los pájaros se pararon en todos los árboles y en los tejados. Cantaban tan fuerte que no se oía lo que el cura

hablaba. Entonces el tío Severo salió con la escopeta y empezó a pegar tiros. Los pájaros se asustaron y se fueron a hacer una curva por el camino para abajo y luego por el camino para arriba. Entonces otra vez se pusieron en las casas y en los árboles y siguieron armando alboroto.

La abuela ya no era la abuela. La habían metido en una caja de madera y la gente entraba a la casa a verla. Después el Zacarías Zárate y los tíos cogieron la caja y la llevaron al sitio de los muertos. Metieron la caja dentro de la tierra y todo el mundo se calló para oír al viento y a los pájaros. Luego, por el día, otra vez yo me senté en el sitio donde yo esperaba a la abuela y la abuela no vino a llevarme a su casa. Entonces yo me fui subiendo por la cuesta hasta la casa de la abuela y ahí estaba el abuelo Celestino. Estaba sentado en la puerta, fumando un cigarro.

Ven, Adrián, me dijo, siéntate conmigo.

Yo me senté y los dos estuvimos ahí sin hacer nada hasta que se encendieron las farolas del pueblo y el Zacarías Zárate vino por la cuesta para arriba.

Vamos, Adrián, dijo el Zacarías Zárate, vamos a casa. Y yo me fui con él.

De esa noche me acuerdo de que yo no quería comer mi pollo y mis patatas y que me quedé todo el tiempo al lado de la ventana contando mis piedras y mis cosas y que el Rogelio y el Zenón se comieron después mi pollo y mis patatas.

También me acuerdo de que luego se murió también el abuelo Celestino.

Luego se llevaron a la Rósula porque decían que estaba enferma. Y cuando se fue la Rósula, como se había muerto la abuela, ya no quedaba nadie que me cogiera de la mano.

Y ahora me acuerdo de que me hice más grande y que ya no vivía en la casa que estaba arriba de la cuesta y con los hermanos sino que vivía con el Zenón y con la Choni y con *Compañero* en la furgoneta azul. Entonces yo tenía veintiuna cosas en mi bolsa. El Zenón me había dado un sitio para guardar la bolsa.

Adrián, me había dicho un día, aquí es donde tiene que estar la bolsa, ¿entiendes? Tú siempre déjala aquí, ¿eh? Así nadie la tocará más que tú, ¿entiendes? Y yo le decía que sí.

Por las mañanas yo me despertaba y abría la puerta de la furgoneta azul y sacaba mi bolsa de mis cosas y entonces me ponía a contarlas. Siempre las contaba muchas veces. A veces seis o nueve o doce o más. Después yo guardaba mis cosas otra vez en mi bolsa y ya me esperaba con *Compañero* a que la Choni saliera y me diera las magdalenas y la leche.

Y también me acuerdo de que entonces yo tenía veintiuna cosas y luego ya veintidós. Y las veintiuna cosas eran cuatro piedras rojas y siete piedras blancas y un sacapuntas rojo y dos llaves blancas y una llave amarilla y tres monedas blancas y un pedazo de madera blanco y una piedra marrón y una piedra que era blanca y también roja.

Y la cosa veintidós fue que un día a *Compañero* se le cayó un diente porque él estaba mordiendo unas cosas en un sitio de basuras. Y yo me acuerdo de que *Compañero* tenía mucha sangre y también que el diente estaba clavado en una rueda. Entonces yo lo cogí y lo limpié y luego lo puse con mis otras cosas y en mi bolsa.

Este perro, decía la Choni, es viejo. Este perro solo vale para que se lo coman las pulgas. A este perro, decía, un día le voy a poner matarratas en la comida.

La Choni siempre decía estas cosas porque la Choni y *Compañero* no eran amigos. Y eso era porque *Compañero* siempre estaba haciendo pipí y caca dentro de la furgoneta azul y manchando las cosas que eran de la Choni.

Y me acuerdo de que un día a *Compañero* se le escapó por detrás una cosa que era pipí y caca y sangre todo junto y que con eso manchó toda la cama del Zenón y de la Choni. Entonces pasó que la Choni se enfadó mucho y también que cogió un palo para pegarle a *Compañero*. Y me acuerdo de que entonces yo y la Choni nos estuvimos peleando muy fuerte y la Choni se cayó al suelo y tenía sangre y estaba llorando.

Os voy a poner matarratas a los dos, decía la Choni cuando ella estaba muy enfadada y diciendo muchas cosas malas, así ya no joderéis más.

Hay que matar a ese perro, le decía después al Zenón. O lo matas o me voy.

La Choni siempre estaba diciendo muchas cosas malas de *Compañero*. Ella las decía por la mañana y también por la tarde y también por la noche. Un día ella se metió por la tarde a dormir la siesta dentro de la furgoneta azul y entonces yo cogí mi bolsa con mis cosas y el pincho y a *Compañero* y los dos nos fuimos del sitio donde estaba la furgoneta azul.

Y me acuerdo de que la furgoneta azul estaba aparcada en una ciudad que tenía una calle muy larga y también muchos árboles. Por ahí íbamos andando *Compañero* y yo. También me acuerdo de que luego ya no había tantos árboles ni tantos coches y sí muchos camiones y un sitio grande que olía a mierda de cerdo. Entonces *Compañero* y yo fuimos andando hasta que se acabó la ciudad y empezó el campo y salieron las vías del tren. Cuando ya estaban las vías del tren entonces ya no había ni ciudad ni casas ni tampoco nada. Solo la tierra blanca y algunos árboles que estaban por encima de una montaña pequeña. Luego se hizo de noche.

Por la noche *Compañero* y yo nos paramos al lado de un árbol y *Compañero* se puso a dormir. Yo me puse a contar las cosas de mi bolsa. Las conté doce veces. Luego pasó un tren. Luego otro. Pasaron cuatro trenes. Todos tenían una luz muy grande que les iba por delante y hacían mucho ruido. También había mucho viento y nubes azules por el cielo que eran como cuando se iba a poner a llover. Pero luego al final no llovió y se hizo de día y no había nada para comer.

Y me acuerdo de que otra vez *Compañero* y yo nos pusimos a andar por la carretera y que salió el sol y que entonces yo vi que la furgoneta azul estaba viniendo hacia nosotros.